

EL SER EDUCABLE: RAZÓN Y SENTIR-REFLEXIÓN EN TORNO A LA LABOR DE EDUCAR-

Gloria Esperanza Infante Castaño*

Nada despeja tanto el entendimiento como el olor de las azucenas.
Gar Mar, S.J. (1973).

RESUMEN

Este artículo hace referencia a las diferentes dimensiones que posee el ser humano como sujeto educable, y a la necesidad de ser abarcado y comprendido en su totalidad para procurarle una formación integral efectiva.

Esta reflexión se apoya en algunas teorías acerca de la relación entre inteligencia y sentir, que deben considerarse como elementos básicos constitutivos dentro de la experiencia de aprendizaje y de formación.

Se recogen y discuten algunas ideas sobre la complejidad del ser humano en su relación con la realidad; en especial, se recurre al concepto de *inteligencia sentiente*, de Xavier Zubiri, quien escarba en la posibilidad de la intelección del sentir (los *sentidos* son *inteligentes* y la *inteligencia* es *sentiente*); se convocan, a la vez, otras experiencias con relación a la dimensión estética, que reconoce la belleza como principio unificador del ser, para hacer visible, de algún modo, la trayectoria del conocer que entra por los sentidos (la experiencia), pasa por el logos, desemboca en la razón y halla camino finalmente, por la reflexión y la crítica, hacia el cultivo del espíritu con el que se busca rescatar al individuo en su humanidad.

* Licenciada en Lenguas Modernas, Esp. en Literatura Hispanoamericana, Msc. en Educación. Profesora Universidad de Caldas. E-mail: gloriababuina@gmail.com
Recibido 26 de febrero de 2009, aprobado 27 de mayo de 2009.

PALABRAS CLAVE: sujeto educable, dimensiones humanas, educación integral efectiva, relación inteligencia-sentimiento, "inteligencia sentiente", crecimiento humano del sujeto.

THE EDUCABLE HUMAN BEING: REASONING AND FEELING-A REFLECTION ON THE EDUCATIVE LABOR-

ABSTRACT

This article makes reference to the different dimensions that human beings exhibit in their role as an educable subject. It also deals with the need for thorough understanding of human integrity in order to experience a holistic effective education.

This reflection is based upon some theories on the relationship between intelligence and feelings, which should be considered as basic constitutive elements of the learning experience.

Some ideas on the complexity of human beings regarding their relationship with reality are gathered and discussed. The concept of "sentient intelligence" proposed by Xavier Zubiri who ponders on the possibility of the intellection of feelings (the senses are intelligent and intelligence is sentient) is specially considered. Simultaneously, other experiences related to the aesthetic dimension, which recognizes beauty as the unifying principle of being, are implemented. All this process is carried out in order to, somehow, highlight the route of knowledge that enters the mind through the senses (experience), goes through the *logos* and ends in *reason* to finally find the way, by means of reflection and critique, towards the growth of the *spirit* used to rescue the individual's humanity.

KEY WORDS: educable subject, human dimensions, effective holistic education, intelligence-feeling relationship, "sentient intelligence", individual humanistic growth.

PARA CONSTRUIR EL LOGOS HAY QUE TRANSFORMAR LA VIDA COTIDIANA (LA DOXA) EN MATERIA DEL PENSAR O RAZONAR; EL SENTIR NO DEBE SER EXCLUIDO DE ESTE PROCESO.

Para comprender al sujeto que se busca educar, es necesario abarcarlo y comprenderlo en su complejidad; de este modo, se hallará también la manera de complejizar para luego simplificar la labor educativa. Fundar la educación en la comprensión del individuo total implica tener una nueva comprensión del individuo que piensa y el individuo que siente y que viene a nosotros para aprender y para formarse, en un ambiente que le proporcione alegría y bienestar.

El Mundo Occidental, consciente de esta complejidad del individuo ha establecido conceptos binarios que parecen antinómicos, pero que en últimas deben ser considerados complementarios o solidarios: lo humano – lo técnico (en cuanto a lo cultural); lo inteligible – lo sensible; la producción – la recepción (en cuanto a lo estético); la formación – la instrucción; la formación – la información (en cuanto a lo educativo); la verdad – la opinión; lo dado – lo construido; lo mediato – lo inmediato; lo racional – lo intuitivo; lo real – lo imaginativo; el entendimiento – la sensibilidad; lo cerebral – lo visceral (en cuanto a lo filosófico). Todo esto constituye un entramado que es necesario saber urdir hic et nunc, cuando de trata de abordar el fenómeno educativo. He aquí uno de los grandes desafíos para el maestro del nuevo siglo.

Maestros y estudiantes participamos de una misma naturaleza: somos razón y también intuición, lo cual debe hacernos solidarios. Tener un espíritu humilde tal vez esté relacionado con la actitud del educador que se pone en el lugar del otro y trata de enseñarle y orientarlo desde su condición particular, desde sus posibilidades, desde sus talentos y alcances intelectuales pero también, y especialmente, desde su manera propia de sentir el mundo y asumir la vida.

Es preciso reconocer que para llegar a la plena comprensión de la realidad y para acceder a la perfección (espiritual), cual es la máxima aspiración, habrá que transitar, necesariamente, por ambos caminos: el de la razón y el del sentir. No nos debemos instalar sólo en la búsqueda causal que hurga en la profundidad de las cosas, en el fundamento de la realidad, sino también, dejarnos guiar por la intuición, llevados por el dictamen del sentir, privilegiando lo que Zubiri (1982) denomina el *logos poético* sobre el *logos teórico* que nos conduce irreductiblemente por el sendero de una razón lógica.

EL SENTIR: ANTESALA DEL RAZONAR.

Tradicionalmente se considera que la puerta de acceso al conocimiento, como proceso y como producto, son los sentidos, a partir de los cuales se abren ilimitadas fronteras para explorar: un universo que no debe dejar de asombrar; una ecuación que mantiene en perfecta coincidencia lo real y lo irreal, lo visible y lo invisible, el cuerpo y el *mens* (igual mente o espíritu)... para aproximarse a la comprensión de todos los órdenes y sistemas que conforman el árbol del pensamiento humano.

Aprendí a escribir, con la indescifrable emoción que me despertaba la mano suave de uñas cuidadas y con perfume característico, de la profesora Gladis; ella me guiaba en la escritura de las letras más difíciles, con una ternura que me doblegaba –en esos primeros años de desadaptación, cuando negaba obstinadamente cualquier acercamiento de personas ajenas a mi núcleo familiar–. No recuerdo las cartillas, ni las láminas, ni las rondas tanto, ni con tan variadas emociones, como la mano pródiga de la profe Gladis; esa mano que se tradujo, por mucho tiempo, en una especie de símbolo de la generosidad y la cálida acogida –¡redentora, de todos modos!–. Sin ella no sé si hubiera aprendido a leer y escribir a los cuatro años y medio. (Infante, 2004: 6).

La profesora Gladis sabía, por dictamen más de la intuición que de la razón, cuáles eran las necesidades de sus estudiantes; aprendió a entender su naturaleza, sus limitaciones, sus fortalezas...

Es sabido que *“todas las decisiones, sean triviales o trascendentales, siempre llevan un componente de emotividad. Podemos decir que la intuición, que es una característica típicamente humana, es hija de la combinación entre emoción e intelecto, entre razón y corazón”*. (Parra, 2004: 68).

Me pregunto qué rumbo hubiera tomado mi formación (y la de otros niños) si todos los profesores de los primeros años hubieran tenido siquiera algo de conocimiento acerca de cómo está conformado el individuo, de sus dimensiones ocultas: de ese centro en donde se forman los talentos, los miedos, los sueños... Saber que el sujeto educable es mucho más que una simple máquina de pensar o, en el peor de los casos, un cerebro, vacío para muchos, dispuesto a ser llenado en una sala de clases.

Para poder ser maestro es necesario amar algo; para poder introducir algo es necesario amarlo. Nadie puede enseñar lo que no ama. Es difícil que un individuo

aprehenda y asimile unos saberes de un maestro a quien le asignan 30 o más horas de clase a la semana, para *dictar lo que le ponen a enseñar*, sea que le guste o no, a unos otros que no ven relación alguna entre lo que se les enseña y su propia vida presente, personal o familiar. (Zuleta, 1985: 62). Son muchos los maestros que asaltan el cerebro de los estudiantes, centrados en razones teóricas, y desatendiendo el sentir; todo lo que se oye, se aspira, se ve y se toca¹, está contenido dentro de la burbuja que encierra todos los aromas del ser. Freud había descubierto que el amor y el desamor, el recuerdo y el olvido dependen de lo que uno pueda integrar en una forma aceptable a su ser. Es preciso combinar razón e intuición. Hay que hacer un reconocimiento –propio y del otro– en la mente y en el cuerpo, porque toda manifestación, todo cambio externo procede de adentro, así como todo lo que se procesa en la cabeza procede de la realidad que se aprehende a través de los sentidos; de la manera de *estar en el mundo*, en la realidad que es suelo y fundamento del pensar.

La *razón* pretende dar razón de las cosas en profundidad y, para ello, emprende una marcha hacia el fundamento de lo *real* allende. “*Es una marcha problemática y siempre abierta que tiene que apoyarse en el campo de lo real sentido*” (Zubiri, 1982: 233). A partir de las conductas exhibidas, es posible indagar en el individuo cuáles son las motivaciones de su proceder, para tener una idea acertada de cómo orientarla hacia su desarrollo y realización personal; a la humanización, en últimas.

Tendrá que saberse ver más allá de las manifestaciones sensibles, cómo se deben canalizar las diversas posibilidades de estímulo y ejercicio del intelecto: el hombre puede inteligir la realidad y también la irrealidad, dice Zubiri; inteligir la realidad porque ésta le da qué pensar; y como *lo irreal reposa sobre lo real*, también lo irreal es, entonces, inteligible (Ibíd.) para que el pensamiento se movilice y se creen nuevos *logos* o ideas; además, cómo se deben integrar las necesidades a nivel biológico, personal y social; por esta vía, cómo acceder a su yo íntimo, a su mismidad, a su centro espiritual. Todo ello conforma la complejidad del ser, y extraer cualquiera de estos elementos, constitutivos esenciales, equivaldría a escindirlo y, de este modo, a desvirtuarlo.

¹ Desde la perspectiva zubiriana, el sentir humano implica aprehender la realidad impresivamente, a diferencia del animal, que capta la realidad estímúlicamente, pero no logra aprehenderla; el sentir humano es intelectivo, por cuanto está dotado de una *inteligencia a flor de piel* (Zubiri, 1980).

NADA HAY EN EL ENTENDIMIENTO QUE ANTES NO HAYA PASADO POR LOS SENTIDOS.

La capacidad de raciocinio lógico es una facultad necesaria en el proceso de humanización. Pero dicho proceso sería ineficaz si se desconocen los beneficios del sentir. La razón está incompleta sin la intuición, sin el sentir, ya que, al decir de Bergson (citado en *Le Presbître*: 1983: 60), ésta “*nos ayuda a sentir palpar el alma de las cosas*”. El filósofo Jean Ladrière (1973) ubicaba la *razón* entre lo profundo, antiguo y elemental del *pathos* y la apertura a la totalidad, pasando por el descubrimiento del yo, a la *experiencia espiritual*. Boff (2001) rescata el sentimiento como experiencia básica de la vida humana: en el *pathos* se fundamenta el *logos*. Estos conceptos, que bien pueden equipararse a los de *sentir e intelegir*, no se oponen; en vez de ello, *el sentimiento* se concibe también como *una forma de conocimiento* que, aunque de diferente naturaleza, abarca la razón, la inteligencia, *desbordándola por todos lados*. (Boff, 2001: 71). El matemático B. Pascal, uno de los fundadores del cálculo de probabilidades, ya había advertido esta dimensión, al afirmar que los primeros axiomas del pensamiento son intuitivos por el corazón y, por ello, corresponde al corazón sentar las premisas de todo conocimiento posible de la realidad. Dando un salto hasta el presente, D. Goleman (1996) en sus estudios sobre *Inteligencia emocional*, comprueba la tesis del sentimiento o *pathos* como dimensión primaria del ser humano... *Primero siente el corazón, y después interviene el pensamiento*.

Tanto quien educa como quien es educado debe desarrollar la facultad de reconocer y discernir estos dos grandes componentes del ser humano. Fue en pos de esa búsqueda, seguramente, que en los imaginarios de las antiguas civilizaciones celebraron el *Casamiento de Cupido y Psique*, y pusieron lo *apolíneo* al lado de lo *Dionisiaco*, pues es sólo a la luz del uno que se alcanza la plena comprensión del otro. Cupido y Psique se aman en la oscuridad; se *sienten*, cada uno percibe y experimenta intensamente al otro. Cupido se contenta con esta experiencia. Psique, en cambio, quiere explicar y entender lo que siente y, por ello, levanta la lámpara para ver a su amante. Pero cuando la estancia se ilumina, Cupido se ha esfumado. Psique jamás alcanza a comprender completamente a Cupido. La razón, el intelecto se encuentra muchas veces impotente frente al desafío del sentir (el corazón); de la realidad pasada por los sentidos. Con el sentir, en cambio, se logra entender muchas veces lo que es esquivo a la razón.

En esta misma dirección, Bachelard (1993), filósofo y poeta, presenta una vertiente intelectual científica, del lado del raciocinio lógico, y una vertiente poética, del lado de lo imaginativo y lo sensitivo. Sin limitarse a las reflexiones racionalistas de la primera, y sin supeditarse a lo imaginativo de la segunda, concilia los elementos lógicos y objetivos de la ciencia, con lo sensible de lo poético. Complemento la una de la otra, una explica lo que la otra no alcanza a explicar. Ambas dan acceso como unidad al universo del espíritu. Por lo tanto, escindir las, prescindir de alguna de las dos para entender al hombre, las relaciones del ser humano con el universo, y de la palabra con los hechos, de la vigilia con el sueño, la afirmación con la invención, es percibir lo existente de manera parcelada, limitada o sesgada, sin su expresión total.

El mismo Bachelard (1993: 142), retomando las ideas de K. Jung, se aventura en el *anima* (como la infinita bondad, el sentimiento) y el *animus* (como la gran inteligencia) como principios del ser integral.

En una famosa parábola, Paul Claudel opone *Animus* y *Anima*. *Animus* es la razón, de la cual uno se sirve a la hora de estudiar cualquier materia o teoría de la que es preciso llenarse la cabeza para poder responder acertadamente a un examen. *Animus* ha estado en la escuela, sabe de muchas cosas y diserta abundantemente sobre ellas, pero por tener tantos conocimientos tiende a volverse vanidosa, pedante y tirana. *Anima*, en cambio, es la mirada atenta, contemplativa que parte del fondo del corazón, y que admira, que ama, que se une y *que participa de la belleza y la bondad de los seres*, aunque no siempre sea capaz de decir lo que experimenta. Más bien se calla. Se diría que es una ignorante y una necia que jamás ha estado en la escuela. Pero cuando está sola, *Anima* canta algo que *Animus* no conoce ni entiende: *una extraña y maravillosa canción*. (Claudel, citado en Le Presbytre, 1983).

Esta parábola bien puede tomarse como una apología del valor de sentir. La misión del educador, más allá de la instrucción, debe ser la transmisión del ardor de la búsqueda, de la pasión, del sentimiento que desborda toda comprensión: el que lo explica todo aunque no logre él en sí mismo ser explicado cabalmente.

Puesta esta misma idea en otro plano, en la sociedad moderna, como en aquella que Platón refería en su *Protágoras*, se ha puesto en peligro la capacidad connatural del hombre –en virtud de sus necesidades– de captar y digerir la

realidad a través de los sentidos. Los mass media le han negado ese privilegio y la posibilidad de humanizarse, a partir de la experiencia directa de lo estético, relacionado directamente con la acción y el sentir: es desde esta experiencia que el hombre puede acceder al conocimiento, como paso indispensable en su proceso de humanización. Los medios (producto del arte mecánico que *Zeus otorgó a los hombres para compensar las destrezas que le fueron negadas para darlas a otros animales*) son extensiones artificiales de los atributos humanos insipientes: la moda, extensión de la piel; la televisión, extensión de la vista; la radio, extensión del oído... Como sucedió con el hombre del *Protágoras*, hoy, tras el poco juicio en el uso o el abuso de la tecnología, se ha puesto en riesgo la humanidad; en el afán de entronizar la razón, el intelecto, se ha segregado, arrinconado o pauperizado el valor del sentir; se han puesto vallas a la capacidad de contemplar, de admirar y de amar, con la experiencia sensible de la realidad como camino recto a la razón.

Lo anterior reafirma el principio aristotélico de que los sentidos son la puerta de acceso hacia el entendimiento. Este antiguo precepto debe constituirse en un principio siempre nuevo, a ser tenido en cuenta en los procesos educativos. Hay formas de educar que prevalecen, en atención a la esencia permanente del hombre: *el ser*, en lo sustantivo; así mismo, deben existir formas nuevas, en virtud de lo que hay de mutabilidad en el individuo: *el estar*, en lo adjetivo; es en esta dimensión en donde se instala la necesidad de privilegiar el sentir, pues la manera de estar en el mundo, de actuar, de interactuar con y proyectarse a los otros, tiene una fuerte dependencia de ello.

Como educar abarca todo el espíritu humano, entendido desde su finalidad, comprendiéndolo en todas sus dimensiones, la meta debe ser, siguiendo el precepto aristotélico, el *colere animi*, el cultivo del espíritu, de la individualidad; es decir, la formación de hombres capaces de reflexionar acerca de sí mismos, de su ser y su estar en la realidad, en un proceso ininterrumpido de personalización y humanización.

PRIMUM (NON) GNOCERE

Al decir de Fernando González (1998: 110), *“la conciencia está inmersa en el cuerpo”*. La toma de conciencia (la racionalización) no consiste en inventar problemas, sino en enfrentar lo que la vida misma va ofreciendo a cada individualidad y, en ella, al

hombre como tal. En ese sentido, define la conciencia (la capacidad de razonar) como “*objetivación de lo que conocemos*” (Ibíd.: 115), y llegamos a eso desconocido por la experiencia, captada y asimilada por los sentidos, por *padecimiento de las cosas*.

El educador debe ayudar al educando a apropiarse conscientemente de *su realidad*, que es la *realidad como tal*, esa realidad única que posee, la que le llega y por la que se percibe y se conduce como hombre. En este punto, resultan de mucho interés y utilidad las concepciones de Zubiri (1980) acerca del individuo y su relación con la realidad; para él, develar “*lo oculto, lo encubierto en cuanto tal, implica proveer un campo visual, una perspectiva de la realidad, y procurar que el sujeto se proponga verlo bien, al descubierto, cara a cara*” (Gracia, 1986: 9).

En Zubiri, el ser debe estar fundado en la realidad (concepto que subvierte la *entificación de la realidad y la substantivación del ser*, idea llevada por el pensamiento tradicional de Occidente). El hombre es un *animal de realidades*. Por su misma condición humana está abierto, más allá de la simple objetividad animal, a la realidad en la cual está inscrito. La realidad es, en primera instancia, una forma de quedar y de estar las cosas actualizadas en la inteligencia. No se trata de que los sentidos suministren datos con los que después la inteligencia elabora conceptos, juicios y raciocinios. Según Zubiri los sentidos son inteligentes y la inteligencia es sentiente, no sólo sensible. (1980: 101-110); esto equivaldría a decir, más domésticamente, que tenemos la inteligencia a flor de sentidos, *regada* por toda la piel. Es en la realidad en donde nos movemos, vivimos y somos; de ella obtenemos, por medio de la bina *sentido-inteligencia*, lo necesario para vivir y ser, realizados en la libertad y la felicidad; de manera individual, pues no se puede olvidar que todos sentimos e inteligimos la realidad de manera diferente.

Zubiri contradice el divorcio tradicional entre inteligencia y sentidos. Sostiene la enorme importancia que tienen todos los sentidos para la intelección de la realidad; de tal manera, el que está privado de uno de ellos, sea el que fuere, está obturando lo que aprende (unos contenidos) y, lo que es más grave, una forma insustituible de aprehender la realidad. En este punto, cabe volver a la idea del sentir humano como aprehensión de la realidad de manera impresiva más que estímulo; las impresiones pueden darse de manera diferente cada vez. Zubiri insiste en que, si bien los sentidos actualizan la realidad, la actualizan de diversos modos, no sólo en sus contenidos específicos –cosa evidente–, sino también en cuanto a la forma

en que la realidad queda en cada uno. (Ibíd.:113). Cuando la realidad, como cosa evidente, se *actualiza* al ser capturada por los sentidos (y mejor capturada será cuanto mayor sea el número de sentidos que intervengan), queda automáticamente impresa o inteligida.

En las aulas de clase, habrán sido muchos los individuos sometidos a la discriminación, la subordinación o la segregación, por faltarles alguno de sus sentidos; es inexcusable el buscar, en las actuales teorías y prácticas, alternativas pedagógicas y didácticas para tratar de crear una nueva lógica educativa, en la que, con la integración de lo inteligible y lo sensible, lo racional y lo intuitivo, lo real y lo imaginativo, el entendimiento y la sensibilidad, lo cerebral y lo visceral, se pueda abarcar al educando en su expresión total; esto como punto de partida para orientar los procesos de formación de manera efectiva, en atención a la diversidad y a la complejidad de los individuos, pues tal como sostiene E. Morin (2000), el ser humano es al mismo tiempo racional y delirante, trabajador y lúdico, empírico e imaginador.

PRIMUM VIVERE DEINDE PHILOSOPHARE

Las pasiones que mueven al hombre desde lo más íntimo, se generan por estímulo del medio circundante... Se busca confrontar la realidad, con un hacerse conciente de; o sea, no huyendo a los problemas que nos da la realidad, porque la realidad se nos da problemáticamente, como lo afirma Zubiri; con él mismo se puede decir que se trata de una vuelta a las cosas, sin prejuicios y con el espíritu de quien quiere apropiarse de ellas. (Ibíd.: 12). No debemos negarnos el privilegio de vivir las experiencias de *primera mano*, entregándonos al deleite de lo que se nos proporciona con el estar de una u otra manera en el mundo, o en la porción de mundo que nos fue asignada. Una vez digeridos determinados aspectos de la realidad, en orden de impacto tomarán curso desde el sentir hacia la razón.

DICHO ESTO, EN ESTE LARGO Y ABIERTO CAMINO QUE COMIENZA EN LOS SENTIDOS, PASA POR EL LOGOS Y TERMINA EN LA RAZÓN, ¿CUÁL SERÍA LA MANERA MÁS ADECUADA DE EDUCAR Y/O DE SER EDUCADO?

Un buen camino es volver sobre principios sencillos como: “sólo aprendemos en verdad de aquellos a quienes amamos” (Goethe); “Un individuo alegre aprende

mucho más fácilmente que uno que no lo es”, “Aprendemos lo que tiene significado y utilidad para nuestra vida” (Ausubel); “El acto de educar es, ante todo, un acto de afecto” (D. Goleman; M. de Zubiría).

Otra fórmula: llegar a la viscera de los sujetos que se educan, antes de llegarles a la cabeza. Enseñarles cómo digerir la realidad y, antes de hacer esfuerzos –a veces inútiles– para teorizarla y para sembrarla en el cerebro de los otros, llevarlos a su sentir, a sus emociones, a sus fibras íntimas que es donde se incuban los sentimientos, para luego traducirse en conocimientos. El sentir es el fermento del saber. Hay un lugar dentro del individuo (en el cerebro) en donde se fraguan los sentimientos, como paso previo y necesario para llegar a la zona del raciocinio lógico, dentro del mismo sistema; el conocimiento verdadero se alcanza sólo después de saborear, degustar, masticar y digerir los insumos que se recogen de la realidad, por medio de los sentidos. Hay que otorgar y reconocer la relevancia de todos los sentidos, la relevancia del sentir, al lado del razonar. Que los conceptos de dulce, amargo, duro, grande, blanco, bello... se aprehendan con la lengua, la piel, los ojos, los oídos. A la manera de Proust o Verlaine, hurgar en el juego cenestésico seductor de la música, los olores, los sabores, en los que sus lectores buscan, primero, identificar su sentir y, luego, asimilar una arquitectura, unas tramas, unos efectos... volcándolos de los sentidos a la memoria y a la razón.

Educadores y educandos deben, entrambos, recuperar esa sensibilidad hacia el mundo, de emocionarse y asombrarse ante él. Querer acceder a él sin la participación de los sentidos, del sentir es como saltarse lo dado (lo natural) e ir directamente a lo construido: a los medios artificiales creados, meras imitaciones de los atributos otorgados por la naturaleza. Esto conduciría a una deshumanización irremediable. Por ello hay que empeñarse en seguir siendo homo sapiens, para no correr el riesgo de convertirse en homo zapping (de la palabra inglesa zap: teclear o digitar, tomando el ejemplo socorrido del ordenador). No ser hombres al servicio de la tecnología, de la ciencia sino quienes tienen la ciencia a su servicio; para evitar que la creación se vuelva en contra de su creador. Prometeo al acecho. O el mito más moderno de Frankenstein: que el hombre dominado por su racionalidad, pierda su humanidad.

Recuperar la belleza como unificadora del hombre. Al hombre automatizado, con todos los atributos del perfecto intelectual, se le niega la posibilidad de sentir, de tener un corazón que le permita ver lo que hay debajo de la superficie de las

cosas; se le niega la posibilidad de emocionarse ante la estética del mundo; debe resignarse a la tarea de hurgar en el *logos* las causas de las cosas –*rerum cognocere causas*– (como lo ha hecho tradicionalmente el pensamiento de Occidente), en el intento de resolver las incertidumbres humanas, y limitado en su facultad de ver en esa *realidad más real que las simples presencias inmediatas*, el valor oculto de las cosas –*rerum videre formas*–, en la forma cuyo esplendor se expresa en la belleza (San Alberto Magno). *Lo bello tiene que dejar de ser sólo una luz inaccesible*. La belleza como forma externa-sensible (equivalente a la figura o imagen) se desvela a través de los sentidos y el intelecto; y como forma interna-inteligible (o la forma en sentido propio) se desvela sólo a través del intelecto. Lo bello es principio unificador del hombre. Para acceder a su ser integral, es preciso reivindicar en él el valor de lo estético y lo ético, como una manera de revelarlo o descubrirlo en su intrínseca coherencia verdad-bondad.

La educación busca llevar al educando al estado de perfección, con la conquista de lo verdadero, lo justo y lo bello, no escindiendo lo ético de lo estético sino, por el contrario, procurando una articulación de estos elementos. Una de las intuiciones de Kant era definir la belleza humana como *símbolo de bondad*, no sólo por señalar la relación entre la *estética* y la *ética*, sino también por advertir que en el hombre la belleza interesa, en primera instancia, más el *actuar* que el *ser*, por cuanto en el actuar se manifiesta la bondad del ser. La perfección que se busca con el proceso formativo no se limita al mero cultivo de lo estético, sino también de lo ético: en la medida en que se procura una ascesis en el actuar, se va alcanzando una ascesis en el ser. Tradicionalmente, no era concebible alcanzar la conmoción y la perfección del espíritu, del ser, sin pasar por un proceso de perfeccionamiento del cuerpo a través del actuar, (de ahí que el concepto de *ascesis* haya desembocado en dos términos: uno del lado del hacer y otro del lado del actuar: un *atleta* es, por tanto, un *asceta*).

Llevar al individuo a simplificar la realidad, haciéndola digerible para el espíritu humano. Conducirlos hacia el propósito noble y Terminal de formarse para el conocimiento, la comprensión, la transformación social y la humanización, pero sobre la base de formarse como personas que aprendan, por estos medios, a conquistar la felicidad.

En el proceso educativo, el sujeto debe ser capaz de superar su propio yo, y saberlo conjugar con su racionalidad, para mermar las experiencias que le puedan producir

tensión, ansiedad y hostilidad, y que le permitan enfrentarse de una manera más activa a los logros, los avances y al desarrollo personal.

Hay que saber que educar es formar individuos y personas. En este proceso hay que tener en cuenta la individualidad como centro de la conciencia. La búsqueda debe orientarse a la configuración de grandes individualidades; es decir, *hombres perfectamente centrados y concentrados*, cuya energía vital logre hacer que descuellen frente a otros. Hombres que –por ser individualidades– no se dejen absorber por la sociedad, sino que, por el contrario, *absorban ellos a la sociedad*. Si bien la individualidad no se adquiere, es innata, para ser persona, según F. González, se requiere ser muy individuo, muy centro y señor de sí mismo. Este concepto de *individualidad* puede tomarse como análogo al término *personalidad*, acuñado por X. Zubiri, o el *sí mismo* que el animal humano tiene por naturaleza. La personalidad, por el contrario, es la manera como cada individuo se auto expresa. De acuerdo con el pensamiento de González Ochoa (1998), una personalidad se gana en la medida en que el hombre se auto expresa, supuesta una fuerte individualidad. La aspiración es a que todos los individuos se auto expresen, para poder ascender, como especie, a un plano de supremacía espiritual.

En un mundo que hace progresos prodigiosos en la ciencia y en las realizaciones técnicas, aún existe la necesidad de un *suplemento de alma*. **El maestro está obligado a cultivar la inteligencia, mas no a expensas de una reducción en el espíritu** –la emoción, la intuición, el corazón– puesto que es lo que le permite tener un contacto vivo con la naturaleza, con el arte, con el misterio; con los otros, para no arriesgar a perder el contacto íntimo consigo mismo y además captar, por esta vía, el sentido de la realidad.

Para saber educar hay que saber cómo está conformado el ser humano. Saber cuáles son los mecanismos que movilizan sus sentimientos (sus emociones) y su razón; así mismo, cómo se deben intervenir; qué hay que estimular, cómo y en qué momento, para facilitar el acceso a la realidad, para que sea adecuadamente digerida, asimilada y expresada. Cómo acceder al centro de *la felicidad y del amor*, desde donde se podrán reaprender, si es necesario, los conceptos de verdad, belleza, bondad, justicia, libertad... en una palabra, para recuperar nuestra humanidad en peligro de extinción.

BIBLIOGRAFÍA

- Bachelard, G. (1993). *La Poética de la Ensoñación*. Santafé de Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Boff, L. (2001). *Ética planetaria desde el gran Sur*. Madrid: Editorial Trotta. Sogasta.
- Corripio, Fernando. (1979). *Diccionario etimológico general de la Lengua Castellana*. Madrid: Editorial Bruguera S.A.
- Gracia, D. (1986). *Voluntad de Verdad. Para leer a Zubiri*. Barcelona: Editorial Valor S.A.
- González Ochoa, F. (1998). *Pensamientos de un Viejo*. Santafé de Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Goleman, Daniel. (1996). *La Inteligencia Emocional*. Santafé de Bogotá DC: Javier Vergara Editor.
- Infante, G. (2004). *Autobiografía pedagógica*. Concurso de Narrativa Pedagógica. Universidad de Caldas –Departamento de Estudios Educativos; ACAL. Manizales.
- Le Presbytre, Jean.(1983). *Au Large (Meditation pour Etudiants)*. Paris: Casterman S.A.
- Niño M., F. (2008, Mayo). Módulo: *Antropología Pedagógica. Hacia una pedagogía de la Inteligencia*; (capítulo 3). Bogotá D.C.
- Parra Meza, I. S. (2004). *Los modernos alquimistas: Epistemología corporativa y gestión del conocimiento*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Zubiri, Xavier. (1980). *Inteligencia Sentiente*. Madrid: Alianza Editorial.
- _____. (1982). *Inteligencia y Logos*. Madrid: Alianza Editorial.
- _____. (1983). *Inteligencia y Razón*. Madrid: Alianza Editorial.
- Zuleta, E. (1985, Junio). “La Educación, un campo de combate”. *Revista Educación y Cultura*, No. 4. FECODE.